

La piedra
de la locura

**Benjamín
Labatut**
La piedra
de la locura

Primera edición: octubre 2021
Segunda edición: noviembre 2021
Tercera edición: diciembre 2021
Cuarta edición: diciembre 2022

Diseño de la colección: lookatcia.com

© Benjamín Labatut, 2021
c/o Puentes Agency

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2021
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

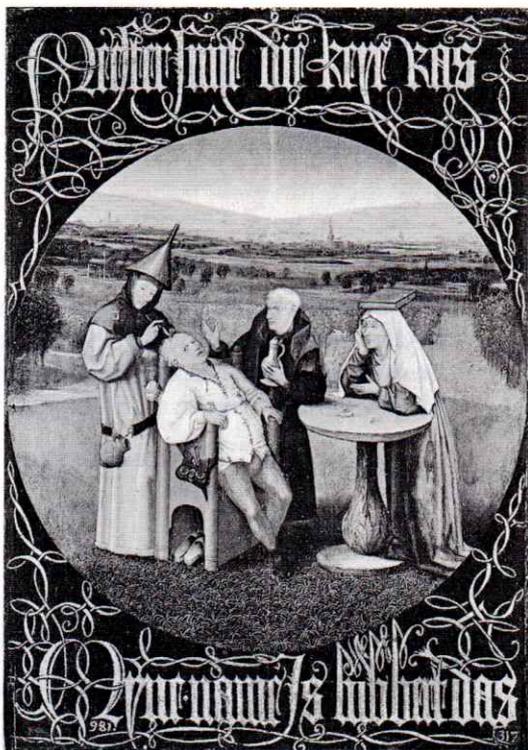
ISBN: 978-84-339-1655-6
Depósito Legal: B. 12373-2021

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

La crisis consiste precisamente en que
lo viejo está muriendo y lo nuevo no pue-
de nacer: durante este interregno surgen
los más variados síntomas mórbidos.

ANTONIO GRAMSCI



La extracción de la piedra de la locura

Durante el verano de 1926, el escritor Howard Phillips Lovecraft percibió la sombra de un nuevo tipo de horror.

Aunque apenas fue capaz de hallar las palabras para describirlo, pudo cristalizar algunas de sus visiones en un cuento que tituló «La llamada de Cthulhu», una historia que alerta a nuestra especie sobre el regreso de un antiguo terror y el peligro de traspasar nuestros límites, al mostrarnos lo que puede estar allí, dormido, esperándonos. «Creo que el hecho más misericordioso del mundo es la incapacidad de la mente humana para relacionar todos sus contenidos», escribió Lovecraft. «Vivimos en una isla de plácida ignorancia en medio de negros mares de infinito, y no estamos destina-

dos a viajar muy lejos. Las ciencias, cada una avanzando en su propia dirección, nos han perjudicado poco hasta el momento; pero algún día la suma de todo ese saber disgregado abrirá una perspectiva tan aterradora sobre la realidad, y sobre el espantoso lugar que ocupamos en ella, que nos volveremos locos producto de esa revelación, o huiremos de la luz hacia la paz y la seguridad de una nueva edad oscura.» En el cuento, un hombre va tras los pasos de una secta que intenta despertar a un dios antediluviano sumido en un sueño eterno. Durante su búsqueda, el protagonista se topa con reportajes y noticias sobre extraños brotes de histeria colectiva, pánico, locura grupal y arrebatos de manía, todos relacionados con tres pequeñas estatuas de un ídolo cuya forma, completamente antinatural, parecía estar dotada de una malignidad intrínseca. Una de esas efigies fue modelada en arcilla por un escultor de Rhode Island, quien vio la silueta del ídolo durante una pesadilla particularmente vívida; otra fue confiscada por un policía que participó en una redada durante la celebración de un rito vudú en los pantanos de Nueva Orleans, mientras que la tercera cayó en manos de un marinerio noruego, quien la encon-

tró en los farellones de una isla ciclópea que surgió de golpe en medio de las olas del Pacífico Sur, una tierra maldita cuyos colosales paisajes violentaban las leyes de la perspectiva, creando un entorno tan anómalo que uno de los compañeros de barco del noruego perdió la cabeza luego de contemplar algo demasiado horroroso como para poder ser comprendido: un ser descomunal e incrustado de tantas capas de tiempo que hacía que no solo la humanidad sino el mundo entero pareciera joven y fugaz en comparación.

«La llamada de Cthulhu» fue inspirado por un sueño del propio Lovecraft. Lo describió en una carta que envió a su amigo, Reinhardt Kleiner: durante su ensoñación, Lovecraft intentaba vender un espeluznante bajorrelieve, que había esculpido con sus propias manos, a un museo de antigüedades de Providence, su ciudad natal. Cuando el anciano curador del establecimiento se burló del escritor por tratar de hacer pasar una obra de arte recién manufacturada por una verdadera antigüedad, Lovecraft le respondió: «¿Por qué dices que este objeto es nuevo? Los sueños del hombre son más antiguos que Egipto, más arcaicos que el misterio de la Esfinge o que los jardines de la

eterna Babilonia. Y esto fue creado en mis sueños.»

Dos años después de la publicación del cuento de Lovecraft, David Hilbert, sumo sacerdote de las matemáticas del siglo xx, finalmente se jubiló.

Fue el matemático más importante de su época, y ejerció una gigantesca influencia desde la Universidad de Gotinga, la institución matemática más ilustre del mundo durante las primeras décadas del siglo pasado. Hilbert estableció un programa espantosamente ambicioso para determinar si toda la riqueza de las matemáticas podía construirse sobre un puñado de axiomas lógicos incuestionables. Fue un intento desesperado por rescatar a su querida disciplina de la crisis mortal en la que había caído, causada por nuevas ideas que habían ampliado el universo matemático de forma descomunal, dejando al descubierto paradojas irresolubles y contradicciones lógicas que amenazaban con echar abajo todo su edificio teórico. El programa de Hilbert buscó desenterrar los cimientos últimos de las matemáticas; históricamente, coincidió con el abrupto sur-

gimiento de ideologías fascistas a lo largo de Europa, y también fue –aunque quizás solo de forma inconsciente– un intento por hallar tierra firme y contener el avance de una extraña sinrazón que parecía estar extendiendo sus garras no solamente sobre el paisaje político, sino por debajo de la piel de la ciencia humana más racional de todas, como si estuviese brotando de la herida abierta por pioneros como George Cantor, quien había transformado radicalmente las matemáticas al expandir nuestra noción del infinito. Las extravagancias del infinito y las delirantes formas del espacio no euclidiano fueron solo dos de las fuerzas que comenzaron a horadar nuestra firme confianza en que los fenómenos naturales pudiesen ser capturados con un cepo hecho de números, y la atroz complejidad del mundo fuese domada con prístinas ecuaciones y teorías inequívocas. Hilbert y sus seguidores tuvieron que luchar contra una marea creciente a medida que descubrían reinos matemáticos casi imposibles de entender. Múltiples escuelas, con puntos de vista muy distintos –como el «logicismo», el «formalismo» y el «intuicionismo»– intentaron atrapar el corazón de las matemáticas, fuera para incrustarlo de vuelta en

• un orden clásico o para liberarlo de los grilletes de un modo de pensar anacrónico y anticuado.

Después de jubilarse, en el otoño de 1930, Hilbert dio una clase magistral en Königsberg, la ciudad donde había nacido poco más de setenta años antes. Se presentó ante la Sociedad de Científicos y Médicos Alemanes y habló extensamente sobre las ciencias naturales, la importancia de las matemáticas en la ciencia y la preponderancia de la lógica en las matemáticas. Afirmó, enfáticamente, que nunca debemos aceptar lo incognoscible, que para la ciencia no hay problemas insolubles, que no existe ningún límite ontológico a nuestro conocimiento, y que nada debería ser considerado, *a priori*, más allá de nuestro alcance. Lleno de orgullo germánico, Hilbert culminó su sermón a punto de reventar, proclamando a viva voz: «*Wir müssen wissen! Wir werden wissen!*»

• «¡Tenemos que saber! ¡Lo sabremos!»

Casi medio siglo después, en 1977, el escritor de ciencia ficción Philip Kindred Dick dio una charla en Metz, una ciudad en el noroeste de Francia.

Todavía se puede encontrar el video en internet: la calidad del audio es terrible, y hay que esforzarse para entender lo que dice, aunque, en realidad, lo que dice apenas tiene sentido alguno. El texto que lee se titula «Si te parece que este mundo es malo, tendrías que ver algunos de los otros», y sus desvaríos nos dan un atroz presagio del extraño futuro que, allá por los años setenta, parecía estar galopando hacia nosotros, uno que hoy habitamos por entero. Dick habla de la tensión entre la alucinación y la realidad que caracteriza toda su obra; considera la posibilidad de que existan líneas de tiempo ortogonales, mundos paralelos que intersectan el flujo lineal del acontecer en noventa grados y que luego se separan y ramifican hasta el infinito; medita sobre el eternalismo y el concepto de «bloque de tiempo» que propuso Einstein, donde todos los instantes son actuales, y donde no hay un pasado en el cual apoyarse ni un futuro que conquistar, solo un presente sin fin, extendido hacia la infinitud; habla de una deidad inmanente, con «mil cuerpos de Dios colgados como si fueran trajes en un closet gigantesco», y nos ruega que consideremos, aunque sea por un instante, todo el cosmos como si fuese una sola enti-

dad consciente. Cuando parece que Dick no puede viajar más lejos en el paisaje paranoico, postula una idea que hoy está a punto de volverse de sentido común, a medida que la realidad muta y toma formas que desafían nuestra credulidad: a saber, que nuestro mundo, esta sólida masa de roca que habitamos, no es verdaderamente real, sino que deberíamos pensar en él como en un simulacro, o una simulación.

Lo que aterra de aquel discurso de Dick no es la idea en sí misma; después de todo, esa noción del mundo como simulacro ha sido popularizada desde entonces por múltiples películas de Hollywood, y muchos de nosotros desperdiciamos una buena parte de nuestros días jugando en mundos sintéticos, haciendo realidad nuestras fantasías más perversas. Lo que nos hace estremecernos al escuchar al mejor escritor de ciencia ficción de finales del siglo xx sentado allí, en lo alto del podio del Festival Internacional de Ciencia Ficción de Metz, es que habla en serio: Dick no bromea (y se lo recuerda varias veces al público, con una expresión levemente malévolamente en su rostro) cuando dice que nuestro mundo no es real. «La temática de este discurso es algo que ha

sido descubierto recientemente, y que puede que no exista en absoluto. Puede que yo esté hablando sobre algo que no existe. Por ende, tengo absoluta libertad para decir todo y nada. (...) En mis historias y novelas suelo escribir sobre mundos falsos. Mundos semirreales, y otros mundos privados, retorcidos y trastornados, habitados por solo una persona. En ningún momento tuve una explicación teórica o consciente para mi fascinación con esta pluralidad de seudomundos, pero ahora creo entender. Lo que yo estaba sintiendo era el abanico de realidades parcialmente materializadas que intersectan la que es, evidentemente, la más actualizada de todas: aquella sobre la cual la mayoría de nosotros está de acuerdo, según *consensus gentium*.»

Dick se había tropezado con estas y otras ideas luego de sufrir una experiencia que alteró su mente por completo: el 2 de marzo de 1974, abrió la puerta de su casa para recibir un paquete, vio a una mujer que llevaba un collar en forma de pez y en ese momento un destello de luz neón le atravesó el cráneo y le dijo que el Imperio romano no había acabado nunca, que los soldados seguían cazando a los fieles en las calles de la eterna Galilea y que su pe-

queño hijo sufría de una enfermedad mortal no diagnosticada, lo que luego fue confirmado por un médico. Ese golpe de luz desencadenó una tormenta de información que rugió dentro de su cerebro y lo acompañó hasta el día de su muerte, inspirando sus libros más radicales. Dick pasó ocho años considerando la realidad de una manera que ninguna persona sana podría hacerlo, tratando de entender una experiencia que era claramente incomprensible, porque no podía ajustarse a ningún esquema de pensamiento moderno. Sin embargo, en sus sueños locos, en su maravilloso delirio, él sintió la resaca y el tirón de corrientes subterráneas que han comenzado a despedazar nuestro mundo.

El horror atávico de Lovecraft –ese eco profundo que anuncia el retorno de creencias arcaicas y modos premodernos de sentir y de pensar–, la lógica radical de Hilbert y las múltiples realidades de Dick se han fusionado para crear la imagen de un cosmos inaudito que no está regido por un orden, sino que se nutre del caos. Si cerramos bien los ojos, casi podemos sentir los tentáculos de los demonios

de Lovecraft serpenteando bajo nuestros pies, golpeando el tamborcito que aviva el baile de las teorías conspirativas, alimentando el temor de que, por detrás de las cosas, escondido en el fuero interno y secreto de hombres y mujeres aparentemente normales, latan el mal y la más profunda irracionalidad. Del intento de Hilbert por reducir todas las matemáticas, e incluso todas las ciencias, a la mera lógica, cosechamos la manzana envenenada de los teoremas de incompletitud de Kurt Gödel: estos probaron, más allá de toda duda, que cualquier sistema formal, si es lo suficientemente robusto como para expresar las operaciones de la aritmética, será incompleto, ya que contendrá verdades que, siendo verdaderas, no se podrán probar con las reglas de ese mismo sistema; Gödel también demostró que si un sistema es completo –si efectivamente puede probar todas sus verdades– será inconsistente, porque estará plagado de contradicciones internas que le permitirán validar cualquier enunciado y también su negación. Una verdad y su opuesto. Juntos, los dos teoremas de Gödel apuntan directo a los límites de la lógica, límites más allá de los cuales aún no hemos podido mirar. Mientras que Lovecraft y Hilbert prepa-

raron, cada uno a su manera, el escenario para el confuso reino que habitamos, lo que ha tomado la delantera es la visión enloquecida de Dick: sus sueños paranoicos, sus alucinaciones metafísicas, sus iluminaciones inducidas por las drogas y sus desquiciados mundos que no paran de multiplicarse, y que anidan el uno dentro del otro, han pasado a ser parte de nuestra experiencia cotidiana, nos guste o no. Más que en cualquier otro lugar, hoy vivimos en el mundo de Dick, una pesadilla plural y demente en la cual nunca podemos creer del todo en lo que vemos, sentimos y escuchamos, o incluso en lo que pensamos. Lo real está fuera de nuestro alcance. Nuestras vidas se han vuelto tan extrañas e inciertas como el reino cuántico. Lo falso y lo simulado parecen estar asfixiando la verdad, mientras que los aspectos ficticios de la existencia asedian el tabernáculo de la razón.

→ ¿Por qué nos acecha la sensación creciente de que nada tiene sentido? ¿Por qué sentimos que el mundo se va a acabar? Hasta hace poco, la mayor parte de nosotros podía ignorar fácilmente la locura; los hombres y las mujeres enajenados, con sus visiones torcidas de la realidad, tenían poco que decirnos. Pero las

cosas han cambiado. Una cierta demencia se ha infiltrado en el mundo, gota a gota, y está tomando cada vez más fuerza. Ya no podemos simplemente desdeñar la paranoia, ni tampoco podemos confiar, con absoluta certeza, en que la ciencia –o incluso nuestros propios sentidos– será capaz de mostrarnos el mundo tal como es. Debemos aprender a ver las cosas bajo una luz nueva, porque la llama de la razón ya no alcanza a iluminar el complejo laberinto que va tomando forma lentamente (aunque algunos dirían que está siendo construido) a nuestro alrededor.

En 2020 publiqué un libro titulado *Un verdor terrible*, en el cual trenzo algunos de los hilos que forman la red de asociaciones, ideas y descubrimientos que dieron origen a la química, física y matemática modernas, porque esas disciplinas –junto con el súbito estallido de las tecnologías de la comunicación, la biología y la computación– se encuentran en la base de nuestra cosmovisión actual. Si bien esa perspectiva racional e ilustrada aún es poderosa e imponente, se está resquebrajando. Los bordes de la realidad han comenzado a sangrar, y muchos tenemos la sospecha –una sospecha que confirmamos todas las noches al

soñar, o cada vez que prendemos el televisor—de que esta pequeña ciudadela, el castillo de razón y orden que hemos construido, está rodeada por todos lados, y que sus muros, sin importar cuán altos los elevemos, pueden ser fácilmente derrumbados, no solo por quienes los asaltan desde afuera, sino también por las fuerzas que los embisten desde adentro. Desde que apareció mi libro, me han hecho muchas veces aquella pregunta que figura en uno de sus capítulos: ¿cuándo dejamos de entender el mundo? ¿Alguna vez comprendimos la realidad? ¿Podemos siquiera aspirar a ello, o acaso se trata de algo que está completamente fuera de nuestro alcance, un sueño infantil, un resabio de la Era de la Razón que ahora está cabalgando desbocadamente hacia su fin? Estas preguntas, que se han vuelto tan urgentes, fueron, hasta hace muy poco tiempo, si no impensables, fácilmente ignoradas, porque el planeta entero parecía viajar sobre rieles, hipnotizado por una sola forma de hacer las cosas.

Yo sentí esto con particular intensidad en Chile, el país donde vivo: aquí, luego de los años de pesadilla de la dictadura de Pinochet, todos nos sumamos a la fila, bajamos la cabeza y seguimos las reglas. No había más que un ca-

mino por donde avanzar, y prácticamente nadie se atrevió a cuestionar lo que estaba pasando a medida que una forma de capitalismo neoliberal especialmente perversa empezaba a adueñarse de nuestra nueva democracia, enredando todas las hebras de nuestro tejido social alrededor de sus garras. Casi todos nos quedamos callados, porque casi todos sentíamos miedo. Miedo al cambio, miedo a volver a la bestialidad, miedo a que regresaran los hombres armados en medio de la noche, miedo a que abrieran nuestras puertas a patadas y nos arrastraran a las cámaras de tortura que los servicios secretos habían dejado esparcidas a lo largo del país, al interior de casas que, si uno las viera de reojo, juraría a pies juntillas que eran hogares comunes y corrientes, sin saber que en su interior habían ocurrido escenas infernales que ni siquiera Lovecraft podría haber imaginado. Jóvenes y ancianos, mujeres embarazadas, niños y niñas pequeñas: la electricidad fluyó a través de todos, mientras que perros y ratas fueron entrenados para hacer cosas indescriptibles. Sin embargo, los militares no volvieron. Pinochet finalmente murió, y entramos en un largo periodo de calma y normalidad. El país se quedó dormido, y nuestros

sueños revolucionarios, la idea de que podíamos construir un mundo mejor y más justo, fueron sepultados bajo la ideología del crecimiento económico. Pero los bebés despiertan aullando, y, durante octubre de 2019, una gigantesca erupción de ira social dejó al país de rodillas. Fue un cataclismo que nos golpeó con una violencia tan súbita que cuando mis compatriotas y yo mirábamos a nuestro alrededor éramos incapaces de reconocernos. Azotados por mil vendavales distintos, mareados por la ansiedad y enfermos de incertidumbre, vimos cómo nuestro orden tanpreciado, aquel que nos había protegido del caos que siempre parecía dominar a nuestros vecinos de Latinoamérica, estaba sufriendo una devastadora implosión, como si fuera una vieja estrella que había agotado todo su combustible nuclear y que ahora caía sobre sí misma catastróficamente, formando un agujero negro, con todas sus líneas temporales, todas sus trayectorias futuras, apuntando a un solo punto. Lo más desconcertante es que nadie –ningún político, científico, líder social o artista– era capaz de explicar lo que estaba sucediendo. Se sintió como una verdadera revolución espontánea, que se alimentó del abrupto resurgimiento de

deseos reprimidos que habían estado latentes en nuestra psique nacional durante décadas, y al principio muchos de nosotros fuimos arrastrados por una gran ola de optimismo. Tal vez íbamos a poder deshacernos, finalmente, de los grilletes con que nos habían mantenido atados, controlados y restringidos siguiendo el camino del diablo, un decálogo que había sido cincelado en piedra por el régimen militar, y que no habíamos sido capaces de alterar significativamente en más de treinta años de elecciones democráticas. Cientos de miles de personas salieron a las calles. Preso del pánico, el gobierno declaró un toque de queda nacional para tratar de contener la revuelta y desplegó a las fuerzas militares para reprimir a la población por primera vez desde el fin de la dictadura. Pero no hubo forma de evitar la escalada masiva de las protestas, y una multitud de más de un millón de personas marchó por el cambio. Y, sin embargo, en cosa de días la avalancha de solidaridad inicial dio paso a saqueos, actos de vandalismo y disturbios. No solo nuestras principales ciudades, sino también pequeños pueblos y localidades rurales dejadas de la mano de Dios, que nunca habían conocido ese tipo de violencia, se vieron envuel-

tos en llamas. Los caminos y carreteras fueron bloqueados por cientos de personas que demandaban cientos de cosas distintas. La represión de nuestra policía militarizada se volvió intolerable: si eras lo suficientemente valiente como para marchar, aunque fuera de forma pacífica, corrías el riesgo de que te volaran los ojos de un disparo. Nadie era capaz de canalizar las fuerzas que se habían desatado y la plaza ubicada en el ombligo de la capital se convirtió en un campo de batalla. A medida que la violencia de las protestas se fusionó con la violencia del Estado, cada vez más personas sucumbieron al temor. Muchos no se atrevían a salir de sus casas.

La tormenta desencadenada por la crisis social azotó al país durante meses. Cuando nos golpeó la pandemia, ya estábamos de rodillas. Esta nueva calamidad, aún más extraña, nos dejó aturcidos y completamente aislados los unos de los otros. Habíamos empezado a construir algo nuevo —de hecho, estábamos a punto de elegir a los representantes para redactar una nueva Constitución, justo antes de entrar en cuarentena—, pero el pandemonio de las protestas había dejado poco más que ruinas y escombros, cenizas de los gigantescos fuegos

que no alcanzábamos a apagar antes de que alguien viniera a encender el siguiente. El proceso de metamorfosis que habíamos comenzado como nación estaba fuera de nuestro control, y ahora avanzábamos en espiral, incapaces de distinguir si nos encumbrábamos a lo alto, hacia un futuro más luminoso, o si estábamos socavando el suelo bajo nuestros pies. Porque tampoco habíamos visto ninguna señal de advertencia: después de todo, cuando estalló la crisis social, nuestras cifras macroeconómicas señalaban que estábamos mejor que nunca. Y los números no mienten, ¿verdad? La generación que inundó las calles había tenido una mejor educación y contaba con más recursos que sus padres. Solo un par de semanas antes de que se desatara el caos, el país estaba tan calmo y tan tranquilo que el idiota de nuestro presidente comparó Chile con un oasis, un remanso de tranquilidad en Latinoamérica, inmune al vendaval de violencia política y social que estaba rugiendo no solo en la región sino a lo largo del mundo entero, incendiando las calles de Hong Kong, París, Londres, La Paz, Praga, Berlín, Bogotá, Beirut, Puerto Príncipe, El Cairo, Budapest, Harare, Seúl, Yakarta, Teherán, Bagdad, Nueva Delhi, Manila y Moscú,

entre tantas otras ciudades, y que había encumbrado al poder a lunáticos como Jair Bolsonaro, Donald Trump y Boris Johnson. A pesar de su enorme potencia, nuestra deslumbrante revolución tuvo una cualidad muy especial: carecía de una narrativa central. Representó algo distinto para cada persona. Su naturaleza amorfa hizo que fuera capaz de adoptar casi cualquier significado. Al no estar definida, lo contuvo todo. Aunque eso le dio una escala colosal y una fuerza inaudita, también socavó el proceso, porque nadie estaba seguro de por qué estábamos luchando, por qué habíamos llegado a ese punto de inflexión y cómo íbamos a salir adelante. El país parecía mutar de un día a otro, y las demandas sociales eran tan amplias, variadas e indefinidas que las elites económicas y políticas que habían acaparado el poder tan cómodamente durante tres décadas se vieron de súbito indefensas, débiles e incapaces de responder al coro de voces que clamaba a gritos por una transformación rápida y radical. Ebrios de furia, borrachos por nuestro deseo de cambio, fue como si hubiésemos desenterrado la torre de Babel; de pronto todos hablábamos en lenguas distintas, incapaces de comunicarnos los unos

con los otros excepto a través del leve temblor que sentíamos por debajo de nuestros pies, un estremecimiento que recorría el suelo y que hacía que todo se moviera, al igual que si hubiésemos invocado, con nuestros cánticos y plegarias, a un titán dormido, un cíclope que estaba sacudiéndose el país de la espalda a medida que se ponía de pie. El movimiento de protesta no tuvo una sola causa, ni un principio guía, ni un líder, ni siquiera un simple eslogan detrás del cual todos pudiéramos reunirnos, salvo por esa frase, que coreábamos sin parar, pero que rápidamente adquirió tintes siniestros: «¡Chile despertó! ¡Chile despertó! ¡Chile despertó!» Sí, Chile había despertado, pero ¿qué vimos una vez que nuestros ojos se acostumbraron a esa luz deslumbrante? Un confuso entramado de violencia y esperanza, un reflejo del presente en cambio continuo, un fulgor que desafiaba el sentido común porque se había fragmentado en demasiadas perspectivas. A medida que las personas grababan y compartían las escenas de la primavera chilena con sus teléfonos celulares, parecía como si quisieran crear, mediante el inmenso volumen de información que producían de un minuto a otro, una nueva imagen de nuestro país.

Pero ¿cuántas personas, habiendo visto esa imagen, no desearon más que volver a dormir y regresar a la tranquilidad del sueño? No había ninguna forma clara de unir todas las chispas y aglutinar las múltiples conflagraciones en un frente de llama coherente, porque lo que estaba pasando era algo tan nuevo –pero avivado, a la vez, por los pecados, abusos e inequidades de nuestro pasado reciente– que no lográbamos comprenderlo. No fue un golpe de Estado, no fue una insurrección armada, ni tampoco fue producto, como sí lo había sido antes, del esfuerzo de países extranjeros que buscaban derrocar nuestro Gobierno. «Estallido social», fue como lo llamaron los medios, porque esa era la única cosa que sabíamos con certeza: había sido una explosión, un apocalipsis, un gigantesco surgimiento de una vitalidad primordial, lovecraftiana, nutrida por ese extraño reflujo a través del cual las energías reprimidas se cuelan en el presente, trayendo de vuelta todas las cosas que hemos decidido esconder, olvidar o negar. Fue una maravilla, una especie de milagro que desafió todas las interpretaciones, y que borró la lógica prevalente en un instante. Un big bang chileno. Nuestra propia singularidad.

El documentalista Adam Curtis ha intentado explicar el sinsentido que están padeciendo muchas sociedades, movimientos sociales y revoluciones populares como el fruto de una crisis de la imaginación: «Este puede ser un momento en que todas las viejas historias que le dieron sentido al mundo estén colapsando. En este instante, antes de que llegue la próxima gran historia, una masa informe de billones y billones de fragmentos sin ningún sentido está precipitándose para tratar de llenar este vacío. Y por un breve lapso de tiempo en la historia quedamos sumergidos en un mundo que está completamente desprovisto de significado. Pero luego, desde un lugar que hoy no podemos siquiera imaginar, alguien empezará a ensamblar todos esos fragmentos de una forma completamente nueva. Y de ahí surgirá la próxima gran historia». El fracaso de nuestras grandes narrativas en reflejar cómo se siente estar vivo durante la segunda década del siglo XXI y el colapso de ese don divino que nos permite poner la realidad en palabras y dar sentido a lo que nos rodea para compartir una historia común seguramente están en la

base de nuestra confusión actual, y de nuestra casi total desorientación. Pero sospecho que hay algo más: no tenemos historias para explicarnos adecuadamente porque estamos atrapados en una carrera alocada, desencadenados del pasado y sin nada que nos ate a una imagen fija del futuro, libres de cualquier tipo de restricción pero completamente perdidos. Víctimas de la velocidad, nos hemos convertido en alciones, martines pescadores que se desploman en picada, con los ojos cerrados, aturdidos por nuestro propio movimiento. Es como si hubiésemos caído presos de un voraz proceso de total imprevisibilidad. Se siente como si nos estuviéramos «saliendo del libro».

En 1863, todos los partidos del Campeonato Mundial de Damas terminaron en empate. La explicación es simple: ese juego había sido tan ávidamente estudiado y analizado hasta en sus más mínimos detalles que los jugadores conocían de antemano las mejores aperturas y estrategias, los ataques ideales y sus contrataques. La gente se dio cuenta de que era posible jugar un partido perfecto simplemente siguiendo los pasos establecidos en *El Libro*, una gigantesca compilación de todos los movimientos, imaginables. Después de las damas, se

aplicó el mismo proceso al ajedrez: sin embargo, la complejidad de este segundo juego es tan grande que muy a menudo dos personas pueden alcanzar un punto de absoluta originalidad, una configuración de piezas sobre el tablero que nunca ha sido vista antes. A eso se le llama «salirse del libro», y yo creo que hemos llegado a un momento similar, un momento en que una gigantesca ola de novedad se está derramando sobre el mundo, y aunque hayamos enfrentado muchas transformaciones de este tipo en el pasado, la velocidad, la violencia y el alcance de la crisis actual no tienen parangón.

La irrupción de lo nuevo es un proceso traumático. Hoy, los monstruos y maravillas de la ciencia y de la tecnología nos tienen paralizados. Debemos hacer un esfuerzo constante para no ahogarnos entre las rompientes de una interminable marea de cambios, mientras los poderes políticos y económicos nos apalean hasta la sumisión, y las grandes compañías que habían prometido «no hacer el mal» nos espían con su enjambre de algoritmos. Frente a esta verdadera avalancha de transformaciones, a esta orgía de lo nuevo, no podemos sino temblar, al igual que si estuvié-

ramos viendo la cabeza de una criatura mitológica surgiendo de las aguas del mar: niega las categorías de nuestro pensamiento, nos hace añorar la seguridad del pasado, nos obliga a cerrar los párpados y rezar para que nos pase de largo, para que no nos consuma el fuego de su mirada, y nos deja aislados, tiritando en la falsa seguridad de nuestro mundo interior. Más que cualquier otra cosa, quisiéramos desterrarla, enviarla de regreso al infierno del que ha surgido. Pero no podemos. La realidad, a diferencia de las sublimes historias de terror que nos regaló Lovecraft, no se adapta a nuestros deseos. Tiene una extraña voluntad propia. Nos quedamos con esa pregunta angustiante, aquella que solo nos hacemos cuando estamos cara a cara con el horror absoluto o cuando un verdadero milagro nos deja mudos: ¿esto es *real*? Es la pregunta que se hacen los niños cuando logran escapar de la pesadilla. Es lo que pensamos al despertar dentro de los fierros retorcidos de un auto luego del choque que nos podría haber costado la vida, pero también es lo que sentimos, casi a diario, al prender nuestros televisores, o al revisar las últimas noticias en nuestros teléfonos móviles: ¿esto es real? Ya no hay una respuesta simple a

esta pregunta, porque lo que está pasando a nuestro alrededor es real e irreal a la vez. Necesitamos desarrollar nuevas formas de interactuar, no solo entre nosotros sino también con la ráfaga de información que está siendo dirigida, de forma constante, a nuestros cerebros. Necesitamos tejer nuevas historias con las ruinas y escombros que dejó el colapso de las grandes narrativas, arrasadas por el imparable ascenso de lo nuevo.

Hay algunas respuestas evidentes a la pregunta de por qué nuestro mundo se ha vuelto tan incomprendible: cuando los sistemas son interconectados, su complejidad crece de forma explosiva, y comienzan a manifestar fenómenos emergentes que no podrían haber sido previstos desde antes, porque surgen como el producto de múltiples interacciones, algo similar a lo que ocurre al interior de nuestra mente, con nuestros pensamientos y percepciones. Esa miríada de nuevos enlaces entre aspectos previamente aislados de la experiencia humana puede conducir a una falla catastrófica de nuestra capacidad de comprensión. Pero esa es solo una parte de la respuesta, porque cualquier sistema bombardeado por energía creciente empieza a manifestar un actuar

cada vez más turbulento. Su evolución futura se vuelve esencialmente impredecible. El orden se convierte en caos.

-> La humanidad siempre ha temido el caos, aunque ahora se ha vuelto tan común y omnipresente que quizás debiésemos colocarlo al centro de una nueva visión del mundo. Nos hemos aferrado a la idea del caos más que a cualquier otra de las metáforas que nacieron de la ciencia durante el siglo pasado, porque parece expresar y encarnar nuestra condición actual de una manera a la que ningún orden puede siquiera aspirar, sin importar cuán perfectamente equilibrado sea, cuán bello o cuán tranquilizador. Al igual que con muchos de nuestros logros más trascendentales, el descubrimiento del caos se debió a una simple equivocación -con consecuencias muy profundas-, fruto de la coincidencia entre el error de un hombre y el de una máquina: en 1961, el meteorólogo y matemático norteamericano Edward Lorenz echó a correr una simulación del clima en su computador. Su modelo era sencillo y reducía el clima a solo un puñado de variables, pero era capaz de replicar, a grandes rasgos, la atmósfera de nuestro planeta. Durante su primer intento, Lorenz introdujo a

mano los números que determinaban la temperatura, la humedad, la presión del aire y la velocidad del viento, y luego la máquina realizó la simulación y registró el resultado; pero la segunda vez, Lorenz imprimió las variables, y las volvió a meter al cerebro del computador, pensando que eran los mismos números, sin saber que su máquina había redondeado las cifras -después del cuarto punto decimal- porque no era capaz de imprimir más que eso. Cuando el matemático vio su nueva simulación, esperando exactamente el mismo clima, ya que estaba seguro de haber utilizado las mismas variables, se topó con un patrón de clima completamente distinto, que no guardaba ninguna relación con el primero. Ejecutó su modelo varias veces más, y siempre obtuvo resultados distintos, hasta que finalmente detectó el error de la máquina, y tuvo una verdadera revelación: comprendió que su simulación variaría de forma totalmente impredecible si sus condiciones iniciales eran alteradas, incluso de manera infinitesimal. Esta extrema sensibilidad, que lleva a cambios profundos, y que resulta de diferencias minúsculas que ningún ser humano podría profetizar o seguir hasta sus últimas consecuencias, ya que se requiere

el inmenso poder de un computador para trazar la evolución de sistemas tan intrincados, está en el corazón del caos. Es algo que va contra todo nuestro sentido común: la sabiduría cotidiana nos enseña que los cambios pequeños tienen efectos pequeños. Pero Lorenz descubrió que para su sistema de ecuaciones lo contrario era cierto: un error minúsculo podía ser verdaderamente catastrófico. Gracias a una epifanía personal que llegó a definir buena parte de la ciencia de su época, Lorenz se dio cuenta de que nunca sería posible realizar pronósticos del tiempo que fueran exactos a largo plazo, porque el tiempo era solo una manifestación de un tipo especial de sistemas -dinámicos, complejos y no lineales- que, a pesar de ser deterministas, son imposibles de predecir. Estos sistemas caóticos, que pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos, y cuya evolución pareciera ser tan azarosa y aleatoria, no pueden ser domados por ecuaciones comunes y corrientes: requieren un nuevo tipo de pensamiento. Desde Lorenz en adelante, la ciencia ha encontrado sistemas caóticos donde sea que ha mirado. Pero el caos no es lo que parece. No es mero desorden. Hay leyes que rigen sus movimientos. Hay misteriosas formas que

trazan la extraordinaria variedad de trayectorias disímiles que surge de los sistemas caóticos, atractores extraños que, al ser desplegados a lo largo del tiempo, parecen mariposas aterciopeladas batiendo sus alas, tirando de nosotros con una fuerza implacable. La teoría del caos fue la tercera gran revolución científica del siglo xx, junto con la relatividad y la mecánica cuántica, pero, como suele ocurrir con las ideas científicas cuando salen de la seguridad de su madriguera y entran en el gran coto de caza de la cultura, lo que se apoderó de la imaginación humana, lo que nos sedujo con inesperada violencia, no fue la extrema sensibilidad ante la variación de las condiciones iniciales, sino el concepto mismo de la imprevisibilidad: la noción de que nuestro mundo, nuestras sociedades, incluso nuestras propias mentes, no son fenómenos que podamos controlar del todo. El caos parece sugerir que hay algo en la esencia misma de las cosas que escapa a nuestro alcance, algo que no somos capaces de ver, sin importar qué tan lejos miremos hacia el futuro, ni cuán poderosa se vuelva nuestra mirada.

A medida que la ciencia desentraña, poco a poco, los misterios del universo, nos presenta

una visión de la realidad que es, paradójicamente, cada vez más difícil de comprender. Si podemos decir que aquello que conocemos se expande a la velocidad de la luz, lo que no somos capaces de entender crece a la velocidad de la sombra; una que no es constante, sino que aumenta de forma exponencial, como la energía oscura que está desgarrando nuestro cosmos. Sin importar nuestras creencias, hoy → todos desconfiamos del orden, de cualquier tipo de orden, e incluso aquellos que tienen fe han comenzado a temer que quizás Dios mismo no sea la entidad omnisciente, todopoderosa y plena de amor que nos prometieron cuando niños, sino una deidad enajenada que descarga su furia contra un mundo que no puede gobernar, aunque lo haya creado. Esta otra divinidad se parece al demiurgo de los gnósticos, un dios incompleto y fallido que ruge y violenta su creación, al igual que esos niños pequeños que destrozan aquellos juguetes que fueron, tan solo meses o incluso días antes, sus objetos más preciados, porque de pronto les parecen tristes, feos, pobres, llenos de una rencorosa nostalgia, intolerables recuerdos del tiempo perdido, de la alegría perdida, objetos inertes desprovistos de esa magia

esencial que los hacía parecer tan llenos de belleza, de propósito, de sentido. Una deidad trágica que ostenta el poder absoluto pero que carece de comprensión: en eso nos hemos convertido los seres humanos en el siglo XXI. Y si ese es nuestro Dios, explicaría por qué el caos y la irracionalidad se han transformado, de súbito, en caminos para adentrarnos en el mundo. También explicaría por qué peligrosos lunáticos han vuelto a encumbrarse como nuestros líderes: traen consigo la fuerza de la sinrazón, y cabalgan libremente sobre las frenéticas olas del cambio como no lo puede hacer ninguna persona con decencia o sentido común. Esos oscuros mensajeros que provienen de la parte más honda de nuestro inconsciente, esas voces distorsionadas que podemos oír chillando a nuestro alrededor... ¿son sirenas que nos llaman hacia el naufragio y la muerte? ¿Son solo idiotas llenos de ruido y furia, contando historias que no significan nada? ¿O acaso son los primeros heraldos de una nueva forma de consciencia, absurda y desprovista de sentido, que puede mirar más allá de la lógica, y de la cual quizás recibamos un mensaje que no hemos querido escuchar hasta ahora? Todavía es demasiado pronto como

si conformo flando
Dios mismo flando
de la irracionalidad que se convierte a la modernidad

para saberlo. Lo único que sí sabemos con certeza es que la realidad solo se volverá más extraña en las próximas décadas.

→ Al enfrentarnos con la imagen incomprendible que el mundo nos está ofreciendo, tal vez podamos responder a la acuciante pregunta de Lovecraft: ¿vamos a subir hacia la luz, o vamos a retroceder, temblando, de vuelta hacia la oscuridad? Para poder decidir, no deberíamos olvidar las palabras luminosas de ese autor: «Los hombres con un intelecto más amplio saben que no hay una distinción clara entre lo real y lo irreal; que todas las cosas aparecen de la forma en que lo hacen solo por virtud de los delicados medios físicos y mentales a través de los cuales cada individuo se hace consciente de ellas; pero el materialismo prosaico de la mayoría condena como locura aquellos destellos de extrema lucidez que penetran el velo compartido del evidente empirismo.» Aunque el espectro de lo irracional siempre acechará el alma de la ciencia, al menos para mí, el llamado a las armas de Hilbert sigue siendo válido: tenemos que saber, y sabremos. Sin embargo, nunca debemos olvidar que la ciencia no es solo un método: también es un delirio metafísico, la ilusión de pensar que nuestro mundo

se conforma a un orden que podemos descubrir y entender. Eso no significa que tengamos que abandonar los sueños de la razón, solo que también debemos atesorar nuestras pesadillas, pues puede ser que, como civilización, a lo único que podamos aspirar es a despertar dentro de esos sueños. Para hacerlo, quizás sería bueno recordar las lecciones que nos dejó la delirante iluminación de Philip K. Dick: que a veces volverse loco es una respuesta adecuada a la realidad, que la verdad y la locura pueden ser síntomas de la misma enfermedad y que el precio que pagamos por el conocimiento es la pérdida de la comprensión. ←